

una modestia caudalosa que ampara a su figura frágil. Nos habla del presente, en donde vemos, cuando él nos lo relata, diversos y sucesivos siglos de raíces; nos habla del pasado, en donde vemos las huellas dactilares de sucesos remotos que son nuestros contemporáneos, y siempre nos enseña de un modo clandestino, sin que nos demos cuenta, con suavidad, con cortesía (¿con ternura, tal vez? ¡somos tan ignorantes y él nos quiere!) Pero de pronto, un día, llega con un poco de furia aminorando la quietud apacible de su rostro, agitando un periódico en la mano: «¿Ha visto usted? ¡Es indignante!» Nos cuenta ese asunto indignante y vemos que, en efecto, lo es. Y vemos algo más: ese suceso es indignante porque obstruye la convivencia, porque atenta contra nuestra comunidad. Maravall, que conoce el historial médico de la criatura que somos en tanto que comunidad (pero es que, además, no es posible ser sino en comunidad), que conoce, por ejemplo, todas las enfermedades de nuestra infancia y el estrago que padecieron nuestros padres (es decir, que conoce cuánto sufriera el tiempo del Barroco, cuánto sufrieron el Renacimiento y la Baja Edad Media), llega con el periódico: «¿Ha visto? ¿Ha visto? ¡Mírelo, es intolerable!» Es, en efecto, intolerable. Un hombre que eligió, desde la compasión, acosar la ignorancia, un ciudadano que agrandó la historiografía porque estaba a su vez agrandado por la piedad, no puede tolerar tanto error, tanta frivolidad, tanta inconsciencia, tanta maldad. Tanta ignorancia. ¿Habéis visto cómo lo hacen feliz los jóvenes que estudian, que trabajan, que acorralan la ignorancia española? El sabe que el saber es compasivo, profesoral, formativo, dinámico. El sabe que el saber exorciza las lacras, los demonios, los males que nos infestan todavía desde la boca oscura de los siglos. Ve a algún muchacho interrogando entre libros, investigando un tema, afanoso por conocer, y piensa: Quizá alcance una buena erudición, y si además tiene piedad hacia la desventura de los hombres, quizá alcance a ser sabio, y entonces el error y el horror tendrán un adversario más... Lo que hay en Maravall de lector atentísimo de la Ilustración es justamente eso: su pasión rigurosa por la conquista de la felicidad. Pero para los ilustrados la felicidad era un programa (en España, algo paternalista y escasamente realizable) y para Maravall es un desasosiego. A veces he confundido su atención por Moratín o Jovellanos o Feijóo: Maravall es un ilustrado, pensaba. Ciertamente. Pero además es un romántico que encubre su pasión revolucionaria con la calma del hombre tolerante y con la vastísima espesura de todos sus saberes postrománticos; pero que a veces, con un periódico en la mano, con un furor desfigurado sobre su rostro donde todo lo ordena la paciencia, abre la puerta y románticamente exclama: «¿Ha visto usted, lo ha visto? ¡Esto es intolerable!» Y es entonces cuando le enferma un poco el corazón. Un día su compasión (¿hay una forma de inteligencia, en el historiador, más firme y laboriosa que la misericordia?) puede matarlo. Su indignada piedad puede matarlo un día. Hace poco ha sobrevivido a un infarto: ¡es que tiene tanto que hacer! Esta tarde, en medio de esta luz, convalece. El doctor Vega Díaz ha sido severo con él: le ha ordenado convalecer. Maravall le obedece sólo hasta cierto punto: no deja de levantarse, acercarnos la bandeja, bebidas, no deja de moverse entre la luz, esta luz machadiana que Guadarrama introduce por la ventana para que la toquemos, para que casi la toquemos mientras miramos al maestro, lo escuchamos, le hablamos. El nos son-

rie, convaleciente, frágil, dorado en esta luz, y en la luz propia, «mientras le sale afuera la luz del corazón». Oh mayo, cuánto junio en esta luz.

La soledad del historiador de fondo

Cuánto julio de luz, cuánta cosecha. Ya dos veces he usado a la palabra *frágil*. Esa palabra no es adecuada a Maravall. El profesor es exquisito, cardiópata, compasivo, cortés. Pero no es frágil. Al contrario: es proteico. Sus libros (muchos libros) levantan un corpus cultural en donde, además de un impetuoso esfuerzo de información historiográfica, de laborioso e incesante crecimiento de archivo, concurren vastos y puntuales saberes sociológicos, políticos, jurídicos, económicos, pictóricos, literarios, filosóficos, etnográficos, científicos, anatómicos, matemáticos, arqueológicos. Tanto como un historiador es un antropólogo de la cultura. Un antropólogo social. Ha visto —y ha «escuchado»— todo un devenir cultural. Ha leído —y escuchado— todo aquello que los antepasados nos han dejado escrito sobre la realidad española. Es un especialista, por ejemplo, en historia mediterránea: porque la múltiple agitación cultural mediterránea determina la cultura española. ¿Frágil? Cuando más, solitario. Por supuesto, tuvo maestros (siempre nos habla de ellos; a veces, inclusive, asegura haber aprendido de un discípulo suyo, de algún joven sociólogo, de algún joven poeta), pero ¿tuvo escuela? ¿No es coherente imaginar a Maravall solitario durante décadas? «La soledad del corredor de fondo». La soledad del historiador de fondo. Cuando asumió la dirección de *Cuadernos Hispanoamericanos*, uno de los trabajos que con más amor realizó por entonces en la revista fue la edición de un voluminoso homenaje a don Ramón Menéndez Pidal. ¿Es Maravall discípulo de don Ramón? Maravall es discípulo de todos, sin dejar de ser un solitario. La obra de Maravall, ¿prosigue a don Ramón? Más apropiado es decir: lo desborda. Don Ramón es lujuriosamente castellanista. Maravall, además, vastamente mediterráneo. Hay un instante (dura década) en el que nuestra historiografía se nuclea alrededor de dos importantes etapas de la historia española; en el origen de una de esas etapas se encuentran los judíos; en el origen de la otra, permanecen los árabes. España, así, se va explicando con la impronta judía, o con la impronta árabe. ¿Es una simplificación? Prodigiosa, tal vez, pero lo es. Solitario, silencioso, Maravall se enfrenta a ambos métodos con cortés energía. Elige articular una historia social de las mentalidades. El «carácter» racial es solamente uno tan sólo, y no el más importante, de los datos a manejar hacia la comprensión del tiempo histórico y de la arquitectura civil; más le interesa el conjunto de ideas y hechos que configuran el carácter cambiante de una etapa o de otra de la vida social. Pacientemente, inexorablemente —un corredor de fondo en soledad— pasa revista a las metodologías historiográficas europeas y advierte que, tras la revolución científica, la historiografía puede —y debe— alcanzar a ser una ciencia positiva. Reclama el estudio del espacio y del tiempo histórico y la puesta al día incluso de la terminología historiográfica. Inaugura el concepto de *conjunto* histórico. En 1958 (*Teoría del saber histórico*) define su método propio y anuncia ya el rigor con que más tarde va a estudiar las «mentalidades».

¿Más tarde? Lo que ha de ser una metodología hace ya tiempo que fuera una intuición. En 1944 —valoremos la fecha—, en su *Teoría del Estado en España en el siglo XVII*, tiene el arrojo de señalar, contra corriente, no el imperio: la decadencia en el Siglo de Oro; poco después, para inteligir correctamente la aventura —extraordinaria— del siglo XVII, interroga al Renacimiento y estudia la Edad Media española; en *El concepto de España en la Edad Media* (1954) el saber primordial del historiador se resume en una pregunta: ¿Qué es la España de la Edad Media? En el énfasis de esa pregunta está implícita la atención por el estudio de las mentalidades como dinámica que reúne el pasado con el presente y que junta los hechos históricos a su significación social. No es fortuito que, tras editar en el mismo año (1960) una averiguación sobre el pensamiento político del Renacimiento, a través de la figura de Carlos V, y un estudio sobre Velázquez, el retratista de la decadencia (libro que abre una vía de investigación para la historiografía social: la lectura del lienzo como interpretación morosa de un tiempo histórico agitado), Maravall, sucesiva y rápidamente, publique varias obras maestras en las cuales el protagonista es el estudio de las mentalidades. Aquí ya Maravall, clara, resuelta, definitivamente (y todavía solitariamente) hace historiografía de los hechos y del tiempo dinámicos, del espacio dinámico: hace historia social de las mentalidades. En su libro sobre las Comunidades de Castilla (1963) refuta anteriores e insuficientes concepciones del historiar, replantea el tema de manera a la vez original y revelativa y encuentra en el hecho estudiado el inicio de la modernidad. El subtítulo de ese libro (... *una primera revolución moderna*) será, a la vez, discutido e indiscutible. En el siguiente año publicará el que quizá sea el mejor libro de sociología de la literatura aparecido en nuestro idioma: *El mundo social de La Celestina*; sitúa ese análisis en su conjunto histórico: la presencia, aún, de la Edad Media en el Renacimiento y el inicio de la mentalidad barroca. Con el método de Maravall (poco después será una escuela) la historiografía ya no es únicamente la interrogación del pasado, y ni siquiera el escarmiento del presente; es algo más: es la mirada que descubre en los hechos históricos unas constantes que los relacionan y una dinámica que los origina y los mueve. Por otra parte, esa mirada ya no es selectiva —y mucho menos arbitraria—: es totalizadora. Así, es la historia entera de España lo que sirve de basamento al estudio de cada suceso parcial: y es así como descubrimos que el suceso parcial no existe, excepto en la pereza o el error del investigador. Cuando en su libro posterior, *Antiguos y modernos*, advirtamos la trascendencia del estudio de la mentalidad barroca para iniciar la comprensión de la España moderna, e incluso de nuestro actual rostro civil (en una breve joya posterior, *Teatro y literatura en la sociedad barroca*, aparecerá el embrión de una interpretación extraordinaria: si en el Renacimiento la cultura española es una cultura de élites, el Barroco es una cultura de masas, con todo su fragor político y su cortejo de manipulaciones y alienaciones provocadas desde un Poder que ya maneja los medios de expresión cultural como instrumento de difusión de la ideología dominante), cuando, en *Antiguos y modernos*, repito, descubramos la trascendencia y la movilidad de la mentalidad barroca, y cómo ésta impregna y moviliza a la modernidad, en cuyo proceso todavía se agita la actualidad española, comprenderemos que Maravall, pacientemente, ha efectuado un trabajo titánico y ha desbordado su profesión de historiador para entregarnos la fortuna, el alivio y la desazón de saber que estamos en presencia de un sabio. Y lo que